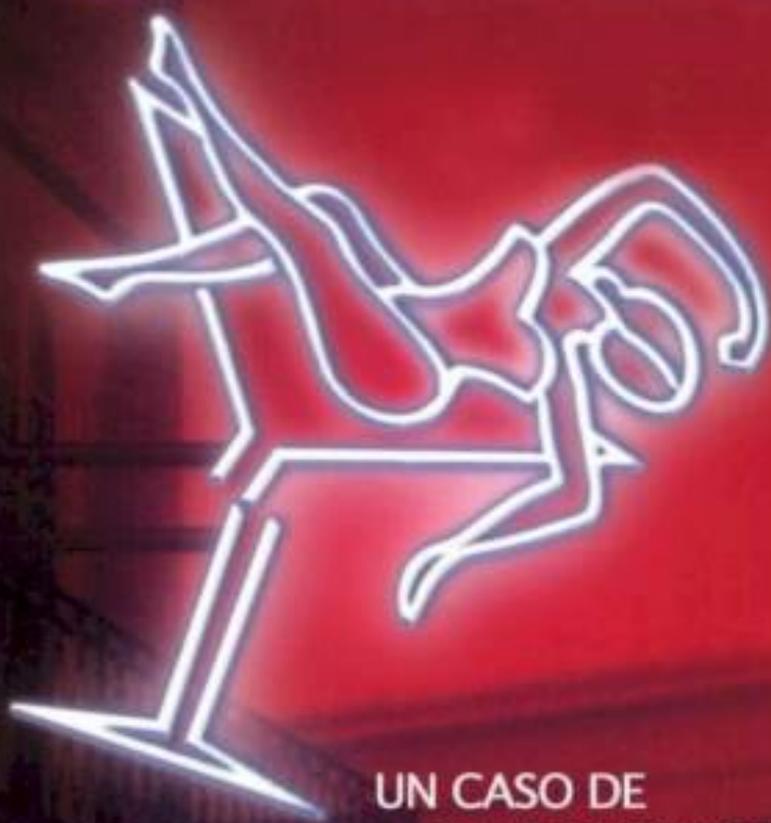


# JAMES LEE BURKE

LA  
L  
U  
V  
V  
I  
A  
D  
E

NEON



UN CASO DE  
DAVE ROBICHEAUX

La ciudad de Nueva Orleans habría sucumbido al crimen hace mucho tiempo de ser por tipos como Dave Robicheaux, uno de los detectives más curtidos de toda Luisiana. Bebedor, mujeriego y astuto como un zorro, las calles no tienen secretos para él, ni los criminales confían en escapar de las garras de la ley cuando sienten su aliento tras de ellos. Esta vez, sin embargo, lo que aparentemente parecía un caso más de asesinato se convertirá en una trampa infernal. ¿Qué relación puede tener una prostituta muerta con el tráfico de drogas a escala internacional? ¿Y con la venta ilegal de armas a Latinoamérica? Robicheaux deberá atar cabos rápidamente si quiere salvar el cuello para llegar a descubrir lo mucho que aún le esconde su querida Nueva Orleans.

A la familia de Walter J. Burke, de Nueva Iberia,  
Luisiana,  
con mucho afecto por su espíritu gentil y su trato  
amable.

## 1

El cielo del atardecer estaba vetado de franjas moradas del color de la ciruela partida. Había comenzado a lloviznar para cuando llegué al final del camino de asfalto, el cual atravesaba unos treinta y cinco kilómetros de espesos e impenetrables bosques de pinos y robles; me detuve ante la puerta principal de la penitenciaría de Angola. La muchedumbre contraria a la pena capital —sacerdotes, monjas con ropas de civil, jóvenes de la Universidad de Luisiana portando velas encendidas— oraba junto al alambrado, pero había también otro grupo —una extraña combinación de estudiantes y marginados— que bebía cerveza en vasos de plástico. Cantaban y levantaban pancartas que decían «Esta cerveza es para ti, Johnny Massina. Usa tu derecho a la silla eléctrica hoy».

—Soy el teniente Dave Robicheaux, del Departamento de Policía de Nueva Orleans —dije a uno de los guardias de la puerta; le mostré mi placa.

—Ah, sí, teniente, tengo su nombre en la lista. Iré con usted hasta el Bloque —contestó, y se subió al coche. Llevaba la camisa arremangada, dejando ver sus brazos bronceados. Los ojos eran de color verde y sus huesos faciales, típicos de la gente del norte de Luisiana. Olía a una mezcla de sudor, tabaco de mascar Red Man y talco—. No sé cuál de los dos grupos me molesta más. Los religiosos actúan como si estuviéramos electrocutando a alguien por una in-

fracción de tráfico, y esos muchachos de los carteles deben de aburrirse bastante en la universidad. ¿Se queda a ver la función?

—No.

—¿Detuvo usted a ese tipo o algo así?

—No era más que un miembro de la Mafia de segunda categoría. Solía toparme con él de vez en cuando, pero nunca le he detenido por nada. De hecho, pienso que hizo más trabajos mal que bien. Debe de haber entrado por recomendación.

El guardia no se rio. Miraba por la ventanilla la gran extensión plana del campo de la prisión y entrecerraba los ojos cada vez que pasábamos junto a algún convicto que caminaba por el sendero de tierra. La zona principal y habitable de la cárcel consistía en una serie de edificios de dos pisos de máxima seguridad contenidos dentro de un alambrado. Estos edificios eran conocidos como el Bloque y estaban conectados entre sí por patios y por zonas de ejercicios, e iluminados por un resplandor similar al del cobalto bajo la lluvia. A distancia, se divisaban los cañaverales y los campos de batatas perfectamente delineados, las ruinas de las mansiones del siglo XIX, silueteadas por el sol del atardecer, y los sauces inclinados por la brisa a orillas del Misisipi, donde estaba enterrado más de un convicto.

—¿Todavía conservan la silla en la Casa del Sombrero Rojo? —pregunté.

—Así es. Allí es donde les pegan fuego en el culo. ¿Sabe por qué se la conoce por ese nombre?

—Sí —respondí, pero él no escuchaba.

—Mucho antes de que comenzaran a encerrarlos en el Bloque, les hacían trabajar junto al río. Tenían que usar uniformes rayados y unos sombreros de paja pintados de rojo. Luego, por la noche, los desvestían, los revisaban, los llevaban a la Casa del Sombrero Rojo y les tiraban la ropa. Las ventanas no tenían cristales y los mosquitos les hacían sufrir más que si los golpearan con un bate de béisbol.

Detuve el coche y entramos en el Bloque. Pasamos por delante de las celdas principales, donde estaban encerrados los delincuentes más peligrosos. Caminamos por un largo pasillo muy iluminado entre los patios de recreo y entramos en el siguiente edificio. Atravesamos otro grupo de puertas hidráulicas y un espacio en el que dos guardias jugaban a las cartas y donde un cartel rezaba: «No se permiten armas a partir de aquí». Recorrimos las salas de recreo y los comedores, donde unos guardias negros estaban puliendo el suelo con las enceradoras eléctricas y, finalmente, subimos una escalera de hierro en espiral hasta llegar a una pequeña zona de máxima seguridad; allí, Johnny Massina estaba pasando sus tres últimas horas de vida.

El agente de la entrada se retiró y otro accionó la única palanca que abría la puerta de la celda. Johnny llevaba una camisa blanca, pantalones oscuros, calcetines blancos y zapatos negros de la Fuerza Aérea. El sudor le goteaba de su cabello grisáceo, y su rostro tenía el color y la textura de un papel viejo. Me miró desde el banco donde estaba sentado; tenía los ojos colorados y brillantes, y unas perlas de sudor se le acumulaban sobre el labio superior. El suelo alrededor de sus pies estaba cubierto de colillas de cigarrillos; sostenía otro Camel entre sus dedos amarillentos.

—Teniente, me alegra que haya venido. No sabía si sería capaz de hacerlo —dijo.

—¿Cómo andas, Johnny?

Se apretó los muslos con las manos y bajó la vista al suelo. Volvió a mirarme. Le vi tragar saliva.

—¿Cuándo ha estado usted más asustado? —preguntó.

—En Vietnam pasé momentos de mucho miedo.

—Es cierto. Estuvo allí, ¿no?

—En el sesenta y cuatro, antes de que se pusiera feo de verdad.

—Apuesto a que fue usted un buen soldado.

—No fui más que un soldado vivo, eso es todo.

Me sentí inmediatamente estúpido por el comentario. Él percibió el arrepentimiento en mi rostro.

—No se preocupe —replicó—. Tengo un montón de basura que contarle. Mire, ¿recuerda cuando me llevó a un par de esas reuniones de Alcohólicos Anónimos? Ese paso que hay que dar cuando se quiere confesar algo, ¿cómo se llama?

—Quinto Paso, admitir ante uno mismo, ante Dios o ante algún otro la exacta naturaleza de nuestras faltas.

—Eso es. Bueno, yo lo he hecho. Se lo conté a un predicador negro ayer por la mañana. Le expliqué todas las cosas malas que había hecho.

—Eso está bien, Johnny.

—No, escuche. Le dije la verdad y confesé actos realmente reprobables, cosas sexuales de las que siempre había estado avergonzado y nunca había comprendido. ¿Sabe a qué me refiero? No escondí nada. También le hablé sobre los dos tipos que he matado en mi vida: tiré a uno a las vías de un tren de pasajeros, camino de La Habana, y, en 1958, maté al primo de Bugsy Siegel con un arma. ¿Sabe usted lo que significa matar a un pariente de Bugsy Siegel? Después de contárselo al predicador, se lo dije al guardia y al carcelero. ¿Sabe usted que a esos malditos estúpidos no podría haberles importado menos? —Hizo un gesto con la mano—. Espere un minuto, déjeme terminar. Hablé de todo esto y reconocí los hechos porque alguien tiene que creer que no fui yo quien mató a esa chica. Nunca tiraría a una mujer joven por la ventana de un hotel, teniente. No es que tenga miedo de que me electrocuten; imagino que, al final, todo se soporta, pero quiero que esos bastardos sepan que solo he atacado a tipos que jugaban con las mismas reglas que yo. ¿Puede entenderme?

—Creo que sí. Y me alegra saber que has seguido el Quinto Paso al pie de la letra, Johnny.

Sonrió por primera vez. Su rostro brillaba bajo la luz.

—Oiga, dígame algo. ¿Es cierto que Jimmie *el Divino* es su hermano?

—Se oye mucha basura por ahí fuera.

—Los dos tienen el cabello oscuro y ese mechón blanco, como si tuvieran sangre de mofeta. —Se rio. Su mente estaba ahora lejos del paseo que daría dentro de tres horas, maniatado con una cadena, hasta la Casa del Sombrero Rojo—. Una vez, nos contrató para que colocáramos unas máquinas de póquer en sus locales. Después de instalarlas, le comentamos que tenía que pedirnos a nosotros todas las máquinas que quisiera: cigarrillos, Pac-Man y preservativos. Entonces, nos dijo que no quería máquinas de preservativos, porque tenía locales de categoría y no colocaría máquinas de condones allí. Le explicamos que no tenía opción, que o compraba toda la gama o no tendría servicio de lavandería; le pondrían un piquete en la acera, y la Oficina de Salud Pública del condado descubriría que sus friegaplatos tenían lepra. ¿Sabe lo que hizo entonces? Invitó a Didoni Giacano —el mismísimo Didi Gee—, con toda su familia, a comer lasaña en su restaurante. Llegaron el domingo al mediodía como un grupo de *cafoni* que acababan de bajarse del barco de Palermo, porque Didi pensaba que Jimmie tenía conexiones respetables y que le iba a presentar a alguna sociedad secreta formada por caballeros importantes o algo parecido. Didi Gee pesa probablemente ciento cincuenta kilos y está cubierto de pelo como un gorila. A pesar de que hace cagarse de miedo a todo el mundo en Nueva Orleans, su mamá, una viejecita siciliana toda envuelta en trapos negros, todavía le pega a Didi en las manos con una cuchara si toma algo de la mesa sin pedir permiso.

»El caso es que, en medio de la cena, Jimmie comienza a decirle a Mamá Giacano que Didi es un gran tipo, que todo el mundo en la Cámara de Comercio y en la Oficina de Inversiones piensa que es una persona importante para la comunidad y que Didi no permite que se metan con sus

amigos. Por ejemplo, unos estafadores habían intentado poner unas máquinas en los restaurantes de Jimmie contra la voluntad de este. Mamá Giacano daba la impresión de que estaba hecha de pasta reseca, pero sus ojos oscuros y brillantes daban a entender a todo el mundo que sabía bien lo que se le estaba diciendo. Después, Jimmie le cuenta que Didi arrancó las máquinas, las golpeó con martillos y les pasó un camión por encima en el callejón de detrás del restaurante.

»Didi tenía la boca llena de cerveza y de ostras crudas, y casi muere atragantado. Comenzó a toser, lanzando trozos de comida en todas direcciones. Los chicos le golpeaban la espalda y escupió una ostra que podría atascar una cloaca. Mamá Giacano esperó a que su cara ya no estuviera morada, le dijo que no había educado a su hijo para que comiera como un cerdo y le ordenó que fuera a enjuagarse la boca al baño, porque los demás comensales se estaban descomponiendo de solo verle; como no se levantó inmediatamente de la mesa, le golpeó con la cuchara en los nudillos. Entonces, Jimmie agregó que quería llevar a toda la familia a dar un paseo en su velero y que, tal vez, Didi Gee debería asociarse al Yacht Club, toda vez que todos esos millonarios pensaban que era un buen tipo y que, además, a Mamá Giacano le encantarían los festejos italoamericanos que se llevaban a cabo con motivo del 4 de julio y del 12 de octubre. Incluso, si Didi no quería hacerse socio, lo que era algo lógico dado que odiaba el agua y se descomponía con solo atravesar el Misisipi en ferri, Jimmie iría a buscar a Mamá Giacano y la llevaría a navegar por el lago Pontchartrain.

Volvió a reírse y se pasó la mano por el cabello mojado. Se humedeció los labios y sacudió la cabeza. Volví a percibir el miedo en sus ojos.

—Apuesto a que él ya le había contado esta historia, ¿no? —añadió.

—No me dieron mucho tiempo, Johnny. ¿Hay alguna otra cosa que quieras decirme?

—Sí. Usted siempre me ha tratado muy bien y pensé que tal vez pudiera pagarle de alguna manera. —Se quitó el sudor de los ojos con las yemas de los dedos—. Pienso que quizá tenga también que pagar algunas deudas serias en el otro lado. No me hará daño si intento saldar lo que pueda ahora, ¿no es así?

—No me debes nada.

—Un tipo con una trayectoria como la mía debe algo a todo el mundo. De todas maneras, este es el trato; ayer, ese tipo que se llama L. J. Potts, de la calle Magazine, estaba barriendo el corredor con una escoba y la golpeaba contra mis barrotes para que yo no pudiera dormir. Le dije que yo no entregaba los premios a la buena ama de casa del año y que se llevara esa escoba a otra parte antes de que se la metiera por el trasero. Entonces, el tipo, que tiene un hermano que se llama Wesley Potts, intentó impresionarme: me preguntó si conocía a una cucaracha de Homicidios en Nueva Orleans llamada Robicheaux. Se reía porque pensaba que usted era uno de los policías que me había encerrado. Le contesté que era posible y él siguió riéndose. Luego, añadió que tenía buenas noticias porque su hermano Wesley sabía que esa cucaracha de Homicidios había metido sus narices en el lugar equivocado y que, si no se detenía, lo iban a matar.

—Me da la impresión de que es un charlatán, Johnny.

—Sí, tal vez lo sea. Con la particularidad de que él y su hermano probablemente estén conectados con los inmigrantes.

—¿Colombianos?

—Sí. Se están extendiendo por todo el país más rápido que el sida. Son capaces de cargarse a cualquiera: familias enteras, niños, ancianos... No les importa. ¿Recuerda aquel bar de Basin que se quemó? El tipo que lo hizo se plantó en la puerta a plena luz del día con un maldito lanzallamas

a la espalda y, como estaba de buen humor, les dio a todos un minuto para salir del lugar antes de convertirlo en un gran montón de plástico derretido. Tenga cuidado con esos tipos, teniente.

Encendió un nuevo Camel con la colilla que tenía en la mano. Ahora transpiraba cada vez más; se secó el sudor con la manga de la camisa y, al mismo tiempo, se olió. Luego, su rostro se volvió gris e inmóvil, miraba hacia delante con las palmas de las manos aferradas a los muslos.

—Es mejor que se vaya, me parece que voy a descomponerme otra vez —comentó.

—Creo que eres un tipo con coraje, Johnny.

—Esta vez no.

Nos despedimos. Sentí su mano floja en la mía.

Electrocutaron a Johnny Massina a la medianoche. Una vez de vuelta en mi casa flotante en el lago Pontchartrain recordé, mientras la lluvia golpeaba en el techo, los versos que había oído cantar a un interno negro en Angola:

Le pregunté a mi jefe: Jefe, dígame lo que está bien.

Me golpeó el brazo izquierdo y dijo: Muchacho, ahora ya sabes lo que está bien.

Me pregunto por qué queman a un hombre a las doce de la noche.

La corriente es más fuerte. La gente apaga la luz.

Mi compañero se llamaba Cletus Purcel. Nuestros escritorios estaban frente a frente en una pequeña habitación de la antigua estación de bomberos transformada, en la calle Basin. Antiguamente el edificio había sido un depósito de algodón y, antes de eso, se usaba su sótano como celdas para los esclavos, quienes tenían que subir unas escaleras

hasta un cuadrilátero de tierra que servía como sitio para subastas y, a la vez, como corral para peleas de gallos.

Cletus parecía tener el rostro de piel de cerdo hervida, si no fuera porque lucía cicatrices en el puente de la nariz y en un párpado, provocadas por un golpe con una tubería en el canal irlandés cuando aún era un niño. Era un hombre robusto, de cabello rubio y sagaces ojos verdes. Luchaba infructuosamente por bajar de peso levantando pesas cuatro noches por semana en el garaje de su casa.

—¿Conoces a un tipo llamado Wesley Potts? —le pregunté.

—Joder, sí. Fui a la escuela con él y con sus hermanos. ¡Qué familia!, era como tener moho de pan por vecino.

—Johnny Massina me contó que ese tipo va por ahí diciendo que me quieren liquidar.

—Parece una broma, Potts es un rufián sin agallas. Tiene una sala de películas pornográficas en Bourbon. Te lo presentaré esta misma tarde; ese tipo te va a divertir de verdad.

—Tengo su ficha aquí. Dos narcóticos, seis entradas por obscenidad, ninguna condena. Evidentemente, un caso serio para el Servicio de Impuestos Internos.

—Hace de pantalla para los inmigrantes.

—Eso es lo que me dijo Massina.

—Muy bien, iremos a hablar con él después de almorzar. Y digo «después de almorzar», porque este tipo es una verdadera bolsa de mierda; a propósito, el juez instructor del condado de Cataouatche te devolvió la llamada y mencionó que no le habían hecho ninguna autopsia a esa muchacha negra.

—¿A qué te refieres con que no le hicieron una autopsia?

—Al parecer, la oficina del comisario no lo pidió. Todo quedó como si hubiera muerto ahogada. De todas maneras, ¿qué es todo esto, Dave? ¿No tienes suficientes casos abiertos como para ir a buscar trabajo al condado de Ca-

taouatche? Esos tipos no siguen las mismas reglas que nosotros, ya lo sabes.

Dos semanas antes, había estado pescando en piragua en el río Lafourche, al borde de los nenúfares que crecían en la orilla. La costa estaba delineada por cipreses; el ambiente era fresco y tranquilo bajo la luz verdosa de la mañana que penetraba entre las ramas, las cuales formaban una cúpula sobre mi cabeza. Los nenúfares estaban llenos de flores color púrpura. Podía oler los árboles, el mohó, los líquenes verdes y húmedos sobre las cortezas de madera, el aroma de los dondiegos de noche, amarillos y carmesíes, que aún se mantenían abiertos bajo la sombra. Un cocodrilo de casi un metro y medio yacía junto a las raíces de un ciprés. Apenas asomaba la cabeza y los ojos sobre la superficie del agua, como si fuera una especie de periscopio. Percibí otra sombra negra en el agua, cerca de otro ciprés, y pensé que sería el compañero del primer cocodrilo. Acto seguido, un bote con motor fuera de borda pasó junto a mí y su estela agitó el bulto contra las raíces; entonces, pude distinguir una pierna desnuda, una mano y una camisa escocesa hinchada de aire.

Apoyé mi caña de pescar, me acerqué y toqué el cuerpo con el remo. El cadáver giró en el agua y vi el rostro de una mujer joven negra. Tenía los ojos y la boca muy abiertos, como en una oración ahogada. Llevaba una camisa de hombre anudada debajo del pecho, unos vaqueros cortados y, por un segundo, alcancé a vislumbrar una pulsera de tobillo con una moneda atada a un cordel: un amuleto de la buena suerte que algunos negros suelen usar para ahuyentar el grisgrís, el demonio del mal. Su rostro era el de una flor repentinamente cortada de su tallo.

Le até la soga de mi ancla al tobillo, arrojé el ancla entre los árboles de la orilla y anudé mi pañuelo rojo en una rama. Dos horas más tarde, vi cómo los asistentes de la oficina del comisario del condado levantaban el cuerpo en una

camilla y lo llevaban a la ambulancia estacionada junto al matorral de cañas.

—Aguarden un minuto —ordené antes de que la metieran en la ambulancia.

Levanté la sábana para volver a mirar algo que había visto cuando la sacaban del agua. Tenía marcas en la parte interior del brazo izquierdo, pero solo pude ver un pinchazo de aguja en la cara interior del derecho.

—Tal vez donaba sangre para la Cruz Roja comentó uno de los asistentes, sonriendo.

—Usted sí que es un tipo gracioso —lo felicité.

—Solo era una broma, teniente.

—Dígale al comisario que le telefonaré para que me informe sobre el resultado de la autopsia.

—Sí, señor.

Pero el comisario nunca estaba cuando lo llamaba y tampoco contestaba a mis mensajes. Así que, finalmente, llamé a la oficina del juez instructor del condado y ahora me enteraba de que el comisario no creía que una autopsia a una muchacha negra muerta fuera tan importante. «Bien, ya veremos», pensé.

Mientras tanto, todavía me seguía intrigando por qué los colombianos, si Johnny Massina estaba en lo cierto, estaban interesados en Dave Robicheaux. Revisé mi archivo de casos pero no encontré ningún vínculo. Además, tenía un cajón lleno de miseria para mirar: una prostituta asesinada por un psicópata; un fugitivo de diecisiete años cuyo padre no quiso sacarle de la cárcel bajo fianza, y que fue colgado al día siguiente por su compañero de celda negro; un testigo de asesinato, a quien la persona contra la que tenía que atestiguar mató a golpes; un refugiado de un barco vietnamita, arrojado desde el tejado de una vivienda de protección oficial; tres niños pequeños, asesinados mientras dormían por su padre desempleado; un drogadicto, estrangulado con un alambre durante un ritual satánico; dos homosexuales, quemados vivos cuando un amante re-

chazado empapó de gasolina las escaleras de un club de ambiente. Mi cajón era como un aberrante microcosmos poblado por francotiradores, negros con navajas, artistas empobrecidos que de puro pánico se volvían capaces de matar al empleado de una tienda por sesenta dólares, y de suicidas que llenaban de gas el apartamento y hacían estallar todo el edificio en una bola de fuego negra y anaranjada.

¡Y pensar que uno tiene que dedicarle la vida a este tipo de gente...!

Cletus me observaba.

—Te lo juro, Dave, creo que no dormirás tranquilo hasta que descubras por qué los colombianos están calientes contigo.

—No tenemos muchas gratificaciones en este negocio.

—Bueno, te diré algo: almorcemos temprano y luego te presentaré a Potts; el tipo es un encanto, te va a dar la alegría del día.

El calor y la bruma dominaban la atmósfera cuando entramos en el Quarter. No soplabla brisa y las copas de las palmeras estaban tiesas por el calor. Como siempre, el olor del Quarter me trajo reminiscencias de la ciudad, junto al río Teche, donde nació: las sandías, los melones y las frutillas apiladas debajo de las columnas trabajadas; el vino agrio, la cerveza y el serrín de los bares; los bocadillos de niño pobre, de camarones y ostras; el olor fresco y húmedo del ladrillo viejo de los callejones.

Unos pocos bohemios, escritores y pintores legítimos seguían viviendo en el Quarter y algunos profesionales pagaban alquileres desorbitados por apartamentos amueblados cerca de la plaza Jackson; pero la mayoría de los residentes eran travestís, drogadictos, borrachos, prostitutas y, en general, maleantes de todo tipo que seguían viviendo como en los años sesenta. La mayoría de estas personas subsistían con lo que les daban los miembros de convenciones y las familias de clase media que caminaban por la